

ÁNGELES NAVARRO PEIRO

QORIE
en **S**AMARCANDA



EDITORIAL SKYTALE

© Ángeles Navarro Peiro 2021

© Editorial Skytale 2021
Álvaro Aparicio, 12 – 18012 Granada
www.editorialskytale.com

Primera Edición: septiembre 2021

© Ilustraciones:

1.^a y 9.^a: Susana Gilardi Navarro – 2.^a: Julio Gilardi Olarrea
3.^a y 4.^a: Carmen Leal Soria – 5.^a: Diego Bedía Casanueva
6.^a: Leyre Gilardi Olarrea – 7.^a y 8.^a: Montserrat Acevedo Jiménez de Castro
10.^a: Pablo Ruiz Gilardi.

© Retrato Autora: Jorge Isla

Maquetación: Javier Cervilla.

Depósito Legal: GR-1.241-2021
ISBN: 978-84-123083-1-0

Impreso en Andalucía - España.

No está permitida la reproducción total o parcial del contenido de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Lo que les sucedió a seis profesores cuando
volvían a Madrid desde Granada.*

Escriben. Parecen alumnos haciendo un examen. Muy concentrados. En torno a la mesa ovalada del comedor, seis profesores del Departamento de Literatura Medieval Comparada de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense se afanan para superar el reto que ha planteado Ernesto, el más antiguo entre ellos.

Su silencio tan solo se ve interrumpido por un suspiro que otro, alguna tosecilla o un removerse en las sillas. Muy amortiguado por los muros gruesos, las persianas cerradas y los cristales de las ventanas, el sonido de la lluvia, que no cesa, se percibe como un murmullo melódico, como una

musiquilla de fondo que no los distrae de la tarea en la que se hallan inmersos.

Utilizan unos cuadernos con el logotipo de la Facultad de Letras de Granada. Se los entregaron —junto al plano de la ciudad, programa de sesiones, sinopsis de las ponencias y alguna que otra publicación— en la carpeta de bienvenida al congreso internacional «*Encuentro de las Tres Culturas*» en el que acaban de participar. Las hojas blancas se van llenando de líneas negras o azules, según el color de la tinta de los bolígrafos. De vez en cuando, entra en la sala Salvador, el guardés, y repone las jarras de agua que descansan sobre la mesa. Sus andares son tan silenciosos que los docentes apenas perciben la intrusión. El hombre se sienta un ratito junto a la chimenea y los observa. Saca un lápiz y una libreta pequeña del bolsillo de atrás del pantalón marrón de pana que lleva puesto. Hace alguna anotación y luego recoge las jarras para volver a llenarlas.

Escriben a la luz de las velas de cuatro candelabros de plata, con cinco brazos cada uno. Son la

única fuente de iluminación, ya que, debido a la intensidad de la tormenta, han cortado la electricidad. Los móviles, inservibles, reposan sobre la mesa. No hay cobertura, les ha informado Salvador. De vez en cuando, con un movimiento instintivo, los cogen e iluminan las pantallas, pero, decepcionados, vuelven a dejarlos donde estaban.

Hace tan solo un par de horas, circulaban por la carretera camino de Madrid. Habían decidido alquilar entre los seis un vehículo para desplazarse tanto a la ida como a la vuelta del congreso al que iban a asistir. Se turnarían para conducir. Así no dependerían de los horarios fijos del transporte público. Además, tendrían la opción de realizar alguna que otra excursión por lugares interesantes del entorno. De hecho, pasaron una tarde deliciosa contemplando los paisajes y visitando los pueblos blancos de La Alpujarra granadina.

A la salida de Granada, se formó un gran atasco en la autovía. Los coches avanzaban a duras penas, cuando no estaban quietos en un paro forzoso. Al parecer, todo se debía a un accidente ocurrido a unos cuantos kilómetros más adelante,

según se informaron los profesores consultando en el móvil las incidencias de tráfico.

—Si os parece —propuso Benito, que era el que conducía en ese momento—, podemos utilizar la aplicación de *Google Maps* para que nos dirija y nos saque de aquí. Dios sabe lo que puede durar esto.

Todos estuvieron de acuerdo y Benito dijo, dirigiéndose al móvil:

—*Okey Google*, llévame a Madrid.

El aparato tardó unos segundos en reaccionar, como si estuviera pensando, y por fin una voz enlatada de mujer contestó hablando despacio y con una entonación muy peculiar:

—Mantente a la derecha y toma la siguiente salida...

Benito obedeció. Se dejó guiar y la aplicación los sacó del atasco. Siguiendo sus indicaciones, acabaron en carreteras secundarias cada vez más estrechas. Los otros profesores, como estaban cansados, se acomodaron en los asientos reclinables de la furgoneta Mercedes en busca del sueño. Pero, en muy poco tiempo, se desató

una tormenta que parecía la madre de todas las tormentas.

—Atención, por favor. Despertad de vuestros dulces sueños. Tenemos que buscar un refugio. A este paso, dentro de poco el agua cubrirá las ruedas.

La voz de Benito los espabiló de su duermevela. Habían dejado la ciudad andaluza a primera hora de la tarde, pero perdieron mucho tiempo en el atasco que se formó a la salida y ya se estaba haciendo de noche. Abrieron los ojos, se desesperaron y colocaron derechos los asientos.

—¡Dios mío, la que está cayendo! —exclamó Carmen pegando la cara a la ventanilla.

Alfredo, sentado a su lado, se inclinó sobre ella para mirar.

—Coño, parece el diluvio universal.

—No seas mal hablado.

—Aquí no hay alumnos, joder. Es que te escandalizas por nada, querida.

Carmen bajó la voz y le dijo casi en un susurro:

—Que no me llames «querida». Odio que te expreses así conmigo. Ni soy tu querida ni lo seré nunca.

Ernesto se estiró sin disimulos.

—Haya paz, que os oigo. A veces me parecéis unos chavales, aunque ya no cumplís los sesenta.

—Qué desagradables podéis llegar a ser los hombres.

Enfurreñada, Carmen cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la cara en el cristal.

Benito, el actual decano de la facultad de Filología, elevó bastante la voz para que pudieran escucharlo todos.

—Esto se está poniendo muy feo. Hay que salir de aquí y pedir ayuda a emergencias. Pero, por lo pronto, salir como sea o el agua nos llevará. Ahí hay algo que parece un área de servicio. Si encontramos a alguien, que lo dudo, podrá indicarnos adónde ir. Si estáis de acuerdo, vamos a buscar refugio en alguna parte.

Herminia y Mercedes, las últimas en abrir los ojos, ya se habían hecho cargo de la situación y murmuraron un «de acuerdo».

—Pues vámonos cuanto antes —concluyó Benito.

Ya en el área de servicio, por llamarla de alguna manera, Benito bajó del coche para inspeccionar el entorno. Tan solo había un par de

surtidores y una especie de caseta. No se veía ni un alma. Alicaído, con el agua por los tobillos, volvió empapado.

Ernesto se había quedado junto a la puerta del coche intentando observar los alrededores a través de la lluvia.

—Mirad, allí arriba se ve una luz. Puede que haya una casa en lo alto de ese cerro.

—Pues iremos en esa dirección —decidió Benito que se colocó inmediatamente en el asiento del conductor—. No veo otra salida. Hay que subir; no nos podemos quedar en este nivel. Quizás se ha desbordado algún arroyo o corriente similar, que no vemos por la intensidad de la lluvia. Si arrecia la tormenta, el agua nos arrastrará. Desde allí comunicaremos nuestra posición a emergencias.

Costó un buen rato llegar al altozano, las ruedas patinaban, incluso derraparon en alguna ocasión, pero finalmente lo consiguieron.

Una tapia alta y encalada guardaba un edificio de dos alturas rematado por una tercera, mucho más pequeña, que debía de consistir en una sola habitación con tres ventanas en forma de arco en

cada una de las cuatro paredes y cuyo tejado era una cubierta en pabellón a cuatro aguas, terminada en una punta donde se erguía el pararrayos. La casa se hallaba rodeada por un bosquecillo de pinos. Dentro del recinto tapiado, se encontraba también una casita de una sola planta de donde procedía la luz que los había guiado hasta allí. Una puerta de hierro forjado, pintada de negro, daba acceso al lugar. A su izquierda, aparecía un rótulo rectangular de cerámica, formado por azulejos decorados, que contenía el nombre de la mansión: *El paraíso perdido*.

No encontraron ningún timbre al que llamar, solo una campana pequeña que parecía de bronce macizo, labrada con temas florales y una leyenda prácticamente borrada por el paso del tiempo que resultaba ilegible. Benito tiró de la cadeni-lla que servía de llamador. Ya había anochecido. La oscuridad —con excepción de la luz que salía de la casita— rodeaba al grupo de profesores y una sensación de desamparo los envolvía. Quizás por eso el sonido que arrancó el badajo a la campana les pareció un tañido lúgubre más que un

repique esperanzador. Se apretujaron unos junto a otros en espera de que alguien respondiera a su llamada.

Con el ruido de la lluvia no lo oyeron acercarse, solo vieron un leve haz luminoso que se movía entre los pinos. Una linterna los enfocó. Por un momento quedaron deslumbrados, mientras un hombre, de mediana estatura, los saludaba desde el otro lado de la puerta.

Se presentó como Salvador —nombre que les pareció muy adecuado en ese momento— y les informó de que era el guardés de la casa. Los profesores le explicaron su situación, mientras soportaban la lluvia que los calaba. Algunos le pasaron a través de las barras de hierro su carnet de la Universidad Complutense. El guardés iluminó los documentos, se bajó la cremallera del chubasquero y se los metió en un bolsillo interior, sin duda para que no se mojaran.

—No puedo abrirles sin consultar con don Santiago, el dueño de la finca. Ahora mismo vuelvo.

Se alejó con su linterna dejándolos sumidos en la incertidumbre. Fue solo un cuarto de hora, más